

## «APURADOS, PERO NO DESESPERADOS»

LA NUEVA SITUACIÓN DEL ESTADO DE ALARMA NOS HA COGIDO CON LAS DEFENSAS BAJAS. Es ya mucho tiempo de frío aislamiento, de esconder la sonrisa detrás de la mascarilla, de demasiados abrazos prohibidos. Veníamos de un verano contenido pero algo más relajado y teníamos tímidas expectativas de que podríamos comenzar el nuevo curso con una mayor apertura de horarios, renovadas tertulias en una cena de amigos, sonrisas en reuniones familiares y renovados encuentros de formación, de celebraciones festivas de nuestra fe... Sin embargo, todo parece volver a estar prohibido.

Más allá de una crítica legítima a la gestión de esta situación de pandemia, no podemos caer en la trampa de una rebeldía malsana contra todo... que boicotea el bien general y que termina pasando factura a cada uno, al revestirnos de un tinte de amargura que se vierte en un pesimismo que contamina nuestros ambientes más cercanos: familia, amigos, comunidad y parroquia.

No vivimos un tiempo fácil. Como decía santa Teresa, corren "tiempos recios". Casi todos hemos tenido que romper nuestras previsiones y programas y quedar a la intemperie de lo que pueda suceder y estar permitido: tenemos conciencia de que alguien nos debe unas vacaciones. Muchos de nosotros hemos compartido la inquietud de la enfermedad de seres queridos y hemos confiado en la profesionalidad de tantos sanitarios ejemplares; algunos, hemos visto desaparecer rostros familiares y los hemos encomendado a las manos de Dios Padre. Es verdad que siempre ha habido tiempos difíciles, pero cada uno piensa que el más difícil es el que le ha tocado vivir a él.

Cuando se decretó el nuevo estado de alarma, me vino a la memoria un bello texto de San Pablo, dirigido a los fieles de Corinto. El apóstol, que no pasa por su mejor momento, abre su corazón angustiado a una comunidad, que también vive en apuros. Con una carga existencial profunda se desahoga:

«Llevamos el tesoro de nuestro ministerio en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; en toda ocasión y por todas partes, llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2Cor 4,7-10).

Me detuve en una frase cargada de angustia pero a la vez de esperanza. Pablo dice que él mismo y los miembros de la comunidad de Corinto se sienten «apurados, pero no desesperados». Sí. Hay motivos para estar apurados: las noticias no son del todo favorables, las perspectivas parecen que se pierden en el horizonte... El «apuro» nos puede recluir en la inmovilidad y cubrirnos de nerviosismo: todos estamos más tensos, y saltan las chispas en las relaciones, incluso con las personas más queridas; el «apuro» nos cierra el horizonte y nos inclina la barbilla en una reflexión malsana que nos tiñe de pesimismo, convirtiéndonos en profetas de catástrofes. Para salir del «apuro» hay que levantar la mirada al cielo... aunque sea solo para ver las nubes que navegan libres en un mar azul. Y, desde nuestra fe, intuir que es Dios quien lleva el timón en el mar de nuestra vida. Esto hace que aunque apurados... «No estemos desesperados».

«Desesperado» es quien ha perdido la esperanza: ha hecho su propio diagnóstico de lo que ocurre, quizás intoxicado con tantas noticias repetidas, y ha decidido por su cuenta que esto no tiene salida. Ingenuamente cree que todo depende de él o de las ideas de unos pocos, a veces mal gestionadas. Contra desesperación: esperanza. La esperanza mira más allá de nuestras propias narices y se fija en el infinito: es Dios quien nos sostiene y quien nos lleva y de él depende el futuro. Estamos en las mejores manos, en las manos de un Padre. La esperanza es una virtud que reviste de elegancia a quien la recibe - porque como virtud teologal es regalo de Dios- y la cultiva con su propio empeño. Hoy, más que nunca, el creyente tiene que revestirse de verde esperanza...

San Pablo sigue su confidencia con los corintios: «Mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal...». El apóstol levanta sus propios ojos y abre los horizontes de la comunidad hacia un futuro infinito: «quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con él. Todo es para nuestro bien». Sí. Es difícil creer esto, hoy. Y más difícil, atreverse a proclamarlo. Pero es un tesoro que los creyente tenemos y que no podemos ocultar y conservar solo para mí o el círculo de los míos.

Hoy, la fe necesita revestirse de esperanza misionera: pregonar la esperanza es la mejor caridad que podemos ofrecer al mundo. «Fe, esperanza y caridad se entrelazan...». Como dice el poeta son «como tres hermanas que siempre van juntas, cuesta arriba... y las tres de la mano; la esperanza agarrada a la fe y a la caridad... Y aunque parece que las otras dos son las que tiran, es siempre la aparente frágil esperanza la que arrastra a sus hermanas...».

Levantemos la mirada. Los tiempos difíciles del crudo invierno germinarán en botes tiernos de verde esperanza. Sí. Digamos, hermanos, como san Pablo: «Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; en toda ocasión y por todas partes, llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo».

*Alfonso Crespo Hidalgo*